

LA CITA

Graciela Baquero

*A Jorge y Sara,
sabios puentes hacia las cosas sencillas*

«Enrollar el mundo alrededor de nuestros dedos,
como un hilo o una cinta con la que jugase
una mujer que sueña en la ventana.»

FERNANDO PESSOA

Era un día radiante de otoño. Del paisaje se desprendía el olor de las primeras lluvias y, cogida de su mano, caminé por las calles de mi pequeña ciudad. Todo discurrió como en el fondo de un sueño. Sus besos me habían devuelto el cuerpo, habían traído hasta mi piel toda su superficie, y aún algo más; el dulce sabor del otro... Pero tiré del hilo que colgaba bajo mi falda y desencadené el giro de una suerte insospechada.

Por primera vez en mi vida, había sido invitada por un hombre, había sido esperada en el umbral de mi puerta y ante los ojos de todos mis vecinos, había paseado de su brazo por la Avenida Mayor. Acabo de cumplir cuarenta y siete años, y desde los dieciséis que dejé los estudios, he estado atendiendo a mi madre... Día tras día cuidando su alimentación, su limpieza, su tremendo carácter... Pero un día murió y toda ella desapareció de la casa. Quedé vacía; pasaba las horas deambulando por el pasillo, laberinto infinito de la pena, sin dirección ni sentido; limpiando lo limpio, ordenando lo ordenado, asustándome al mirar en los reflejos aquellos ojos míos, tan ajenos, tan lejanos... No tenía a donde ir. Fue fácil quedarme en-

cerrada con todo el silencio apretando por fuera. Durante meses observándome, hurgando en la memoria, buscando algo de mí, desesperadamente. Sí, fue un proceso desgarrador, pero desde que ella no estaba allí para juzgarme, todo dolor tenía su recompensa.

Un día logré abrir la puerta y asomarme; mi mundo se expandía... Sólo Dios sabe lo que disfruté con toda aquella realidad sobre mi cuerpo adulto, tanta vida desconocida, tantas novedades... hasta que tiré de un hilo que colgaba bajo mi falda y perdí el cauce hendido por mis sueños.

A él lo conocí en la librería durante una charla sobre plantas medicinales. Nos presentó el librero y después de la conferencia hablamos y reímos juntos. Seguimos coincidiendo allí y, durante el último encuentro, me dijo que deseaba invitarme a salir... Yo titubeé, soñé, creí y en una décima de atrevimiento, le dije: sí.

Era un día radiante de otoño y casi no nos conocíamos, pero él se empeñó en venir a buscarme y yo me sentí muy afortunada. Paseamos por las calles mientras nos íbamos dando, el uno al otro, las claves para entrar en la casa de los afectos. La pequeña ciudad se multiplicaba a nuestros pies y aquel paisaje de siempre nos mostraba, impúdico, su momento más mágico.

Más tarde seguimos el camino del río, pisábamos la tierra, oía... Pasando el primer puente todo era bullicio; niños semidesnudos jugaban a pescar inmensas ballenas, los viejos troncos servían de barcos, las ramas eran arpones que, con precisión, clavaban en el fondo fangoso. Seguimos caminando hasta el cruce y allí tomamos la senda que sube hasta la ermita. Comimos moras, observamos insectos y también dejamos que nuestros cuerpos se rozasen entre las acacias. Aquel paraje solitario iba construyendo un silencio denso y dulce... No sé cómo sucedió, solo sé que no quise evitarlo. Fue todo tan rápido, casi violento: delicioso... Su boca en mi boca... su boca entrando, mordiendo, sacando de mí tantísimos besos imaginados.

Era difícil caminar con aquella tensión apretándome las piernas, pero él ya me llevaba de la mano bosque adentro hasta encontrar un claro. Allí nos detuvimos y por primera vez en mi vida, me dejé hacer... Fui de sus manos, fui de aquella multitud de

dedos desatándome, abriendo, buscando bajo la ropa, la piel intacta de mis pechos maduros... ¡Dios mío, qué hermoso es el amor!... Nunca hubiera imaginado esa escena si no la hubiera vivido; los dos tendidos sobre los helechos, el suelo húmedo..., él levantándome la falda, metiendo su mano en las zonas prohibidas mientras me susurraba al oído las palabras mágicas: «¡Te deseo tanto!», «Yo también te deseo, no hay nada que perder»... Mis ojos se cerraron, mi cuerpo se ofrecía y de pronto aquel miedo a romperme. «No me hagas daño, prométeme que no entrarás en mí»... «No te preocupes, mi amor, sólo vamos a abrazarnos». Entonces sentí cómo el agua comenzaba a cubrirme rozándome apenas el sexo. Aquello me gustaba tanto que no podía soportarlo. Quería salir de allí pero mis piernas sumergidas comenzaron a deshacerse... De pronto el placer lo cubría todo; el placer y aquel extraño temor a perder el cuerpo.

Es increíble cómo uno vuelve a la normalidad después de hacerlo. Reímos mientras nos sacudíamos mutuamente la ropa y ya en el camino de vuelta, cuando la gente comenzó a aparecer por el paisaje, logramos tratarnos como si nada hubiera pasado. Oscurecía cuando llegamos a la Alameda. Teníamos sed y nos sentamos en una de sus terrazas.

Era un hermoso día de otoño y no podíamos dejar de mirarnos, mientras charlábamos y reíamos bajo el influjo de una desconocida complicidad... Todo era diáfano dentro y fuera de mi corazón, pero tiré de un hilo que asomaba bajo mi falda y aquel destino, que parecía tan mío, perdió continuidad.

Tomamos uno de esos cócteles con guinda roja y borde azucarado. ¡Había esperado tanto aquella cita! Día tras día cerca del teléfono, de las ventanas, planchando vestidos, intentando no sentirme tan vieja; esperanzándome... Y allí, sentada frente a él, en aquella hermosa tarde de otoño, supe que lo que me estaba sucediendo era lo más importante de mi vida, lo más mío; un tesoro para guardar en mi blanca memoria... Sí, estaba totalmente embelesada, no por su conversación, ¡Dios me perdone!, sino por su virilidad... sus zapatos grandes y brillantes, el olor de su reciente afeitado, el pliegue que el pantalón dibujaba en la entrepierna... Todo era tan nuevo, tan fascinante... pero descubrí aquel hilo bajo mi falda y tiré de él esperando resolver, sin demora, aquella mínima incorrección.

No fui capaz, pero no le di importancia; aquel hombre me invitaba a brindar por la magia de nuestra cita y yo me dejaba caer en la trampa continua de su seducción. Sin embargo, mientras le escuchaba, llevé mi mano ciega bajo la mesa para ocuparme de aquella hebra. En primer lugar traté de saber de dónde salía: el hilo no pertenecía a mi vestido y su textura tampoco era la de mi ropa interior ¿De dónde entonces?... Comencé a tirar despacio... entre mis dedos pude sentir la suavidad de aquel cordoncillo, su fluidez, su húmeda temperatura. Me puse muy incómoda pero no estaba dispuesta a estropearlo todo por una tontería.

Pedimos otra copa y, sin apenas darme cuenta, comencé a enrollar el hilo sobre uno de mis dedos. Bajo la mesa giro sobre giro mientras arriba mi pensamiento tramaba sueños y porvenir al lado de aquel hombre bueno... No quería asustarme, no lo merecía, pero el índice de mi mano izquierda seguía solo, moviéndose, vuelta sobre vuelta, buscando un fin.

Pero eso no aconteció. La fibra se fue abultando sobre la carne y, cuando la movilidad de la última falange ya fue imposible, intenté zafarme de aquel ovillo que se adhería a mi piel como un animal que temiera caerse... Traté de disimular; bebía sosteniendo la copa con la mano visible evitando la pequeña agresión del palillo en los labios. Después de dar un sorbo, llevé la mano bajo la mesa y tiré con fuerza de aquella maraña... Intentaba no dejar de sonreír pero sabía que de mi boca saldría aquella mueca que tanto detesto. Por fin el bulto cayó al suelo; respiré.

Era un día radiante de otoño y ahí estaba yo, con el hilo entre los dedos, haciéndolo caer a mis pies, desordenadamente. Iba tirando despacio, con la leve esperanza del rendido y con unas ganas tremendas de que nada hubiera pasado. Fueron minutos, horas, un tiempo indescifrable. A veces perdía la serenidad y me revolvía en el asiento; sin embargo, la presencia de aquel hombre me serenaba, haciéndome sentir que a su lado nada malo podría suceder.

Mi amigo pidió la cuenta. Distráido, se acariciaba el bigote mientras mantenía los ojos extraviados en el ir y venir de los lugareños. Yo aproveché aquel silencio para resolver mi problema; definitivamente lo iba a cortar... Lo intenté una y otra vez,

pero fue imposible aunque en ello pusiera toda la fuerza de mi miedo.

Y así llegó el momento de irnos. Mi acompañante pagó las copas y solícito se incorporó para apartar mi asiento mientras yo me levantaba. Lo intenté, pero no fue posible... Fue entonces cuando miramos bajo la mesa y allí encontramos los zapatos vacíos, la falda hueca y un extraño desperdicio... Ambos vimos mi cuerpo inacabado y las piernas idas a otra versión de la materia.

(Inédito)